

chando por fabulosa la narración de Tito Livio acerca de los primeros cinco siglos de Roma, quebrantó la ciega confianza que se tenía en los textos y fué punto de partida de doble serie de investigaciones, referentes unas al examen y crítica de las obras literarias, otras á la busca, recolección y estudio de los monumentos. Uno de los frutos de este movimiento fué el «Instituto Arqueológico de Roma», fundado en mil ochocientos veintiocho por doctos de diferentes países, que más tarde pasó á poder de los alemanes y que no ha cesado un punto en sus exploraciones, de que ha dado cuenta en sus dos publicaciones periódicas, el Boletín mensual y los Anales, y de vez en cuando, en los atlas de monumentos históricos: obras que constituyen todas tres, de setenta años acá, la publicación más importante acerca de la historia de Roma. Francia ha fundado en mil ochocientos setenta y cuatro, para el estudio de la antigüedad y edad media, la Escuela francesa de Roma, cuyos trabajos aparecen en un boletín mensual con el título de *Miscelánea de Arqueología y de Historia*, y en una biblioteca, que se publica junto con la de la Escuela de Atenas. Por los trabajos de estos Institutos y de los de fundación italiana, por la protección de los gobiernos y la incansable actividad de los particulares, entre los que son dignos de especial mención el epígrafo Borghesi, el arqueólogo Rossi y Mommsen como epígrafo, lingüista, numismático, juriseconsulto é historiador, no ya monumentos, ciudades enteras han sido descubiertas y exploradas; centenares de inscripciones, descifradas y publicadas; miles de monedas, recogidas y estudiadas; casi todos los textos, analizados y reducidos á su justo valor, y como consecuencia de todo, la historia de Roma, rehecha en su mayor parte. Este movimiento, lejos de paralizarse, ha ido en gradual aumento hasta nuestros mismos días, en que se continúa con mayor vigor, crítica más severa y más elevadas miras. Justo es decir que la principal gloria de esta obra corresponde á los alemanes, que han hecho del antiguo pueblo romano el objeto predilecto de sus estudios. Baste citar su gran publicación *Corpus Inscriptionum Latinarum*, que la Academia de Berlín empezó á dar á luz en mil ochocientos sesenta y tres y del que han parecido ya diez volúmenes, y su suplemento *Ephemeris Epigraphica*, empezado á publicar en mil ochocientos setenta y dos y que consta ya de seis volúmenes. Entre las numerosísimas publicaciones particulares, no debemos pasar en silencio el *Manual de antigüedades romanas*, de Mommsen-Marquardt; las *Antigüedades romanas*, de Lange; la *Historia romana*, de Mommsen; la *Historia de los romanos*, de Duruy; el *Derecho público romano*, de Willems; el *Estado romano*, de Madwig; las *Catacumbas de Roma*, de Roller; *Las obras completas*, de Borghesi, y los *Dioses de la antigua Roma*, de Preller.

La gran época del cultivo de la historia griega empieza en mil ochocientos treinta, con el hecho de la independencia de los griegos, que abrió de par en par las puertas de aquella región clásica á los doctos de Europa. Desde aquel instante, ya no fueron los tex-

tos el objeto principal de estudio, sino los monumentos, las inscripciones y las monedas. Centenares de investigadores corrieron á visitar aquellas inmortales ciudades helénicas, llenas de recuerdos de su pasada grandeza, y á escudriñar los restos de sus monumentales construcciones. No bastaba observar; era menester explorar: obra que á porfía emprendieron Alemania, Francia é Inglaterra. La cosecha de las primeras exploraciones fué tan abundante, que en seguida hubieron de crearse museos é institutos. Los griegos independientes fundaron la *Sociedad ateniense de Arqueología*; Francia instituyó en mil ochocientos cuarenta y seis la *Escuela francesa de Atenas*, que han dirigido sucesivamente Daveluy, Burnouf y Dumont, y unos años después, Alemania fundó el *Instituto arqueológico alemán*. Este entusiasmo, lejos de entibiarse, ha ido creciendo gradualmente hasta fines del siglo, en que parece haber llegado á su período álgido. De mil ochocientos setenta y cuatro á mil ochocientos ochenta y uno, se practicaron, por cuenta del Imperio alemán, las excavaciones de Olimpia, que dieron á luz cuarenta construcciones, ciento treinta entre estatuas, relieves y bustos, mil quinientos fragmentos de mármol, trece mil bronceos, mil figuritas de barro, cuatrocientas inscripciones, seiscientos fragmentos de inscripciones, seis mil monedas y enorme cantidad de objetos de tierra, plomo, cristal y hueso. Abundante mies han dado también las escavaciones de Tanagra, las de Samotracia, en que se descubrió el templo de Dodona, las de Efeso, Chipre, Pérgamo y, sobre todo, las de Troya, ejecutadas por Schliemann, que retirado del comercio con regular fortuna, se ha dedicado en cuerpo y alma y con grandísimo éxito á la arqueología. Las publicaciones más importantes débense también á los alemanes: á Boeckh, Franz, Curtius y Kirchof, el *Corpus inscriptionum graecarum* y el *Corpus inscriptionum atticarum*; á Roehl, las *Inscriptiones graecae antiquissimae praeter atticarum in Attica repertas*, de mil ochocientos ochenta y dos. En cuanto á trabajos de composición, son los más notables: la *Historia Griega*, del alemán Curtius; la *Historia del Helenismo*, de Droysen; el *Atlas de la Helada y de las colonias helénicas*, de Kiepert; el *Manual de las antigüedades griegas*, de Hermann; la *Historia de las religiones de la Grecia Antigua*, de Maury, y la *Historia de la Plástica griega*, de Overbeck.

Más importantes aun han sido los descubrimientos realizados en los Estados del antiguo Oriente, merced á las exploraciones geográficas y arqueológicas de Mariette y Maspero, en Egipto; de Botta y Layard, en Asiria; de Oppert y la comisión Sarzec, en Babilonia; de Dieulafoy, en la antigua Persia y en Susa; de Saulcy, Luynes, Vougué y Renan, en Siria; de le Bas, Waddington, Perrot é Isambert, en Asia Menor, y merced á los estudios filológicos y literarios de los Schleicher y Chavé, respecto al primitivo pueblo ario; de los indianistas Lassen, Bopp, Wilson y Müller; de los iranistas, Spiegel, Haüy y Darmesteter; de los Schrader, Delitzsch, Smith y Lenormant, que dieron con la clave de la escritura cuneiforme asiria, y de los sinólogos Plath, Girard y Champion.



Por virtud de esta inmensa labor, se han levantado de sus tumbas y vuelto á la vida los antiguos pueblos orientales, egipcios, asirios, iraníes é indios, con su organización social, sus instituciones políticas, sus dioses, creencias y ritos, su literatura y sus artes, sus ciencias é industrias, sus gustos, costumbres y usos, con todos sus caracteres, en una palabra, sociales, psíquicos y fisiológicos; se ha derribado por completo la muralla que el pueblo chino tenía levantada á la escrutadora mirada de los europeos, y se ha penetrado en las interioridades más íntimas de su vida y en los arcanos más recónditos de su historia; se ha descubierto, en fin, un pueblo que por siempre había permanecido ignorado, el pueblo ario, el antepasado común de los indios, iraníes, persas, griegos, latinos, galos, germanos, slavos y lituanos. De las publicaciones, citamos solamente, como más importantes, los *Libros Sagrados del Oriente*, de Müller; los *Orígenes indoeuropeos*, de Pictet; las *Maneras y costumbres del antiguo Egipto*, de Wilkinso; la *Vida pública y privada de los chinos antiguos y modernos*, de Girard; las *Religiones de la India*, de Barth; la *Historia Antigua de los pueblos de Oriente*, de Maspero, y la *Historia Antigua del Oriente*, de Lenormant.

Más allá de Roma y de Grecia, más allá de los pueblos orientales, más allá de los albores de la civilización, el espíritu investigador ha penetrado, durante la segunda mitad del siglo décimo-noveno, en los oscuros períodos de la barbarie, en que el hombre vivía en ciudades lacustres, y *alaffitos*, ó en cuevas, y usaba de armas y utensilios de piedra pulimentada; y todavía, más allá de la barbarie, se ha hundido en las tenebrosas edades del salvagismo, en los dominios de la Geología, en los lechos del terreno cuaternario, donde ha encontrado al hombre fósil, con sus industrias, su régimen alimenticio y su manera de vivir, fundando una nueva ciencia, la Prehistoria. Descubrimiento tan importante bien merece que le dediquemos algunas palabras.

La tradicional creencia en la juventud de la especie humana, con la autoridad que le daban diez y ocho centurias de existencia, dominaba todavía á principios del siglo sobre las inteligencias más claras y extraviaba todos los discursos del entendimiento acerca del origen y antigüedad del hombre. El mismo Cuvier, el fundador de la Paleontología Animal, declaró que no era probable la existencia del hombre fósil, opinión que exageraron sus discípulos añadiendo que era imposible. La gran autoridad de Cuvier, unida á la tradición, fueron los dos grandes enemigos que disputaron por mucho tiempo á la prehistoria su derecho á la vida, y causaron hondas amarguras á los que merecían ser premiados por sus desinteresados esfuerzos en provecho de la ciencia. La lucha duró cerca de medio siglo. En un principio, todo se negaba. Los hallazgos de Tournal en la gruta de Bize, de Christol en las cavernas de Gard, de Boué en los terrenos cuaternarios de la baja Austria, de Schmerling en las inmediaciones de Lieja, del notable cráneo de Denise por Aymard, fueron declarados apócrifos y deshechados. No tuvieron mejor aco-

gida los repetidos descubrimientos de Boucher de Perthes, empezados el año mil ochocientos treinta y nueve y continuados hasta el de mil ochocientos cincuenta y ocho, no obstante proceder de los aluviones del Somme, perfectamente horizontales y que á todas luces no habían sido removidos, natural ni artificialmente. Los unos miraban al infatigable obrero con ojos de compasión; los más se burlaban de sus hallazgos. No tardó, empero, el triunfo en premiar la virtud.

En el mismo año de mil ochocientos cincuenta y ocho, varios geólogos y paleontólogos ingleses, Falconer, Evans, Lyell, entre otros, y los franceses Gaudry y Pouchet, fueron al valle del Somme, visitaron los yacimientos explorados, examinaron la colección de sílices y osamentas desenterrados, y ellos mismos tuvieron ocasión de extraer algunos con sus propias manos. Este fué el primer triunfo de Perthes. Aquellos doctos regresaron á sus casas con la convicción de que los descubrimientos del valle del Somme eran auténticos, de que las piedras halladas habían sido talladas por el hombre. En un instante se propagó por Europa la noticia de la existencia del hombre fósil; en todas partes, el nombre de Boucher de Perthes fué pronunciado con admiración y con respeto, y la atención pública volvióse hacia este nuevo campo de exploraciones. Al año siguiente, mil ochocientos cincuenta y nueve, la Sociedad de Antropología de París puso á discusión la existencia del hombre fósil: abrióse sobre el tema amplio debate; la cuestión fué examinada en todos sus aspectos, y las últimas dudas acerca de la existencia del hombre cuaternario quedaron disipadas. Como acontece siempre con las cosas nuevas, un entusiasmo febril por recorrer el horizonte recién abierto se manifestó de súbito en todas partes, merced al que, desde mil ochocientos cincuenta y nueve, los descubrimientos se sucedieron casi día por día, y á poco, el caudal de los hechos coleccionados exigió la creación de sociedades para discutirlos y de órganos para propagarlos. En mil ochocientos sesenta y cinco, empezó á publicarse, bajo la dirección de Mortillet, la revista *Materiales para la historia primitiva y natural del hombre*, y á propuesta del propio arqueólogo, fundóse en aquel mismo año el *Congreso internacional paleo-etnológico*, que en mil ochocientos sesenta y siete tomó el nombre de *Congreso de Antropología y Arqueología prehistóricas*. Menudearon al mismo tiempo las *Memorias*, los *folletos* y los *libros*. En el último decenio del siglo, la Prehistoria ha entrado en el período de reflexión y construcción, dividiéndose, á semejanza de la Historia, en general, que abarca el conjunto de los descubrimientos y sus múltiples relaciones, y particular, que se limita al estudio de los descubrimientos de un distrito geográfico, relacionándolos con los demás, pero sin elevarse á vistas de conjunto.

Con ser tan grande la actividad empleada en la reconstrucción de la historia de Roma, Grecia, Oriente y edades prehistóricas, no por ello se ha desatendido, antes se ha continuado con nuevos bríos y mayor diligencia el cultivo de la historia medioeval y



moderna, y con una exigencia de verdad y exactitud desconocida antes. Los archivos han sido registrados, y publicados sus principales documentos; las inscripciones, escudos y monedas, descifrados; los monumentos, así del orden religioso como del civil y militar, visitados y estudiados; las estatuas, relieves y pinturas, interpretados; los muebles, alhajas y vajillas, coleccionados y clasificados; los textos, en fin, analizados y sometidos á severa crítica. El resultado de esta múltiple labor ha sido dotar á la historia de un sentido de precisión que jamás tuviera, y enriquecerla con el conocimiento de lo que más importa saber de los pueblos, esto es: sus instituciones, usos y costumbres, manera de pensar y de sentir, grado de cultura y de bienestar, creencias, prácticas, deseos y temores. En este plan y sentido están informadas las obras de Ranke, Oncken, Stern y Sybel, en Alemania; de Green, Stubbs, Hallam y May, en Inglaterra; de Lanfrey, Martín, Fuster de Coulanges, Lavissee y Rambaud, en Francia.

Al tiempo que la historia extendía de esta suerte sus dominios, modificaba también su constitución y su estructura. De la vida externa, á que se había limitado hasta entonces, fué pasando á una y otra rama de la vida interna, hasta llegar á comprender todas las manifestaciones de la actividad social, y á la luz de la doctrina evolucionista de Darwin, descubrió que el desarrollo de las sociedades se efectúa en virtud de causas independientes de la voluntad humana, que es la resultante necesaria del clima, de la raza, de la herencia social y que lo que importa es descubrir sus leyes. Influido por este orden de ideas, el inglés Enrique Tomás Buckle escribió, entre los años mil ochocientos cincuenta y siete y mil ochocientos sesenta y dos, la *Historia de la civilización de Inglaterra*, que la muerte no le dejó concluir. Basado en un material riquísimo y redactado con talento extraordinario, este libro expone la historia del espíritu inglés, de sus manifestaciones en todas las ramas de la actividad humana, como consecuencia de un desarrollo sucesivo irresistible, como parte de la evolución de unos cuantos elementos primitivos. Esta idea atrevidísima, de construir la historia de un pueblo como quien prueba la composición de un cuerpo por la agregación de sus átomos elementales, excitó críticas y controversias furiosas, de que salió victorioso el espíritu moderno, y el camino abierto por Buckle ha sido seguido por los más ilustres cultivadores de los estudios históricos. Entre ellos figuran el inglés Lecky, autor de la *Influencia del Racionalismo en Europa*, de mil ochocientos sesenta y cinco, y de la *Historia de la civilización desde César Augusto hasta Carlomagno*, de mil ochocientos sesenta y nueve; Draper, que en mil ochocientos sesenta y cuatro publicó la *Historia del desarrollo intelectual de Europa*, y el alemán Von Hellwald, por su *Historia de la civilización en su desarrollo natural*, que dió á luz en mil ochocientos setenta y siete. Por estos pasos caminaba la Historia á constituirse en ciencia; mas tropezaba para ello con grandes dificultades. Porque la ciencia es el conocimiento de semejanzas referidas á sus causas, y los hechos, objeto de la Historia, son

individuales. Poco á poco se ha ido observando que cada hombre expresa en sus actos, además de lo individual, lo que tiene de común con los demás hombres de su tiempo y de su lugar, de su época y de su nación, lo que tiene de común con los hombres de todos los tiempos y países, y que, en su consecuencia, existe entre los hechos humanos una gradación de semejanzas, enlazadas entre sí por la relación de causa á efecto, siendo cada una efecto de la inmediata superior y causa, á su vez, de la inmediata inferior. Existe, pues, la Historia científica, que aspira, por el estudio de las semejanzas, á investigar leyes y descubrir verdades, y al mismo tiempo existe la Historia narrativa ó artística, que aspira, mediante la reconstrucción de caracteres, á reproducir bellezas y estimular al bien con el ejemplo de la virtud.

La doctrina darwinista, aplicada al mundo social, ha tenido también la virtud de dar origen á una ciencia nueva, la Filología Comparada. Esta ciencia ha llegado á demostrar que el habla humana empezó con un escaso número de sonidos, y estos rudos y poco menos que inarticulados, de los que, por la ley de la evolución, fueron saliendo en el transecurso de innumerables siglos idiomas de mecanismo más y más complicado y perfecto, cuyo vocabulario fué aumentando por la aglomeración, variación y corrupción de unos cuantos sonidos originarios. El primitivo vocabulario de raíces de estos idiomas, aún de los que tuvieron más contacto con otros, no pasa de quinientas voces, y de estas voces, combinadas y aglomeradas entre sí, provienen los vocabularios inmensos de los idiomas más ricos que hoy se conocen. Por la íntima conexión que existe entre la palabra y el pensamiento, la Filología Comparada, cuando hubo llegado á cierto grado de desarrollo, después de los trabajos de Grimm y de Bopp, dió origen á la Paleontología Lingüística, que por el análisis de las palabras, á menudo enigmáticas, trata de recomponer pieza por pieza el conjunto de la vida de un pueblo prehistórico. A la Paleontología Lingüística somos deudores de lo que hoy sabemos acerca de la organización social y modo de vivir del pueblo ario, así como de la cultura primitiva de la gran raza malaya. Inglaterra, Francia, Alemania é Italia han sido los países que más se han distinguido en esta dirección científica, y entre sus principales corifeos debemos mencionar á Schleicher, Pott, Benfey, Kuhn, Aufrech, Breal, Max Müller y Pictet.

Abarcando ahora en una ojeada todo lo que llevamos expuesto acerca del progreso de las ciencias sociales en la segunda mitad de la centuria décimo-novena, sorprende la radical transformación que se ha efectuado en esta esfera del pensamiento. En pocos años se ha andado más que antes se anduviera en largos siglos. La Metafísica, que desde los tiempos primitivos, desde las lejanas edades de la barbarie, fuera la inspiradora y reguladora de la actividad intelectual, se abandona definitivamente, aplicándose á las ciencias sociales los mismos métodos de las naturales. Todo un período inmenso de la vida del pensamiento, el período de las revelaciones y teogonías, de las teologías y me-